A fines del siglo XIII, Dante Alighieri y sus camaradas del « dolce stil nuovo » se interpelaban, alegre pero ferozmente, mediante sonetos tan graciosos como mordaces. El objeto de sus disputas era de preferencia la literatura, pero también sus problemas sentimentales, de dinero, de familia y, por supuesto, sus desacuerdos políticos. Nada nuevo desde hace siete siglos, salvo que la forma "soneto" ha caído –como la novela hoy día- en completa decadencia. Voltaire también practicó el género, así como Lautreamont en sus "Poesías", donde arregla sus cuentas con los "grandesescritores" de su tiempo, o bien, Ferdinand Céline para proferir atrocidades antisemitas o, incluso, Antonin Artaud denunciando a los cerdos que lo rodeaban. Y como ellos, muchos otros escritores han recurrido a la violencia satírica, una de las características sine qua non del généro, perfectamente definido por Le Petit Robert : "Panfleto: breve escrito satírico que ataca con violencia al gobierno, las instituciones, la religión, un personaje conocido".

Aquí se trata de Mario Vargas Llosa ("Varguitas" para sus compinches), especie de paladín de la novela contemporánea y de "la sociedad abierta", cara a Karl Popper, de quien se declara su discípulo, tal vez porque su mediocridad intelectual remeda a la de su "petit-maître". En efecto, Vargas Llosa es un escritor mediocre que escribe para lectores mediocres, que son legión. Esa es la clave de su éxito literario y mediático en nuestra sociedad, ella misma mediocre y donde el "éxito" ha llegado a ser una mercancía más, la cual no puede obtenerse, salvo excepción, sino confortando la mediocridad. Quien haya leído y comprendido Musil, Thomas Mann, Beckett, Proust, Borges, Joyce, Steinbeck, Faulkner, Kafka, Rulfo, Cortázar, Pessoa, no puede decir que Vargas Llosa es un escritor "de génie". Sus aduladores y compadres, entre ellos los "grandesescritores" de siempre, no entienden gran cosa de literatura. Les gusta solamente la facilidad de una prosa y la superficialidad de un "pensamiento" con el cual pueden identificarse sin esfuerzo.

Seguramente esos señorones replicarán que yo actúo movido por los celos, la envidia, la frustración. Me da igual. El problema es de ellos. El mío concierne no la pequeña envergadura moral y literaria de Varguitas, que confunde lastimosamente ficción y consciencia, sino su papel de sirviente de la "sociedad abierta" que asumió por cuenta de los banqueros y de la burguesía multinacional. Estos, aliados con el "think tank" de los neocons de la extrema derecha del partido republicano estadounidense, lo enviaron a Chile durante las elecciones presidenciales para apoyar el regreso al poder de sus camaradas neopinochetistas.

Ningún novelista chileno, que yo sepa, levantó la voz para protestar contra esta intromisión del novelista peruano, quizás a causa de la imagen mediática imponente que le han creado, hábilmente, sus comanditarios y, por supuesto, sus editores, quienes tienen mucho dinero que invertir y ganar en este tipo de affaires políticoliterarios. Ultimamente le han aconsejado que escriba una novelita sobre las desgracias de los negros en la época del Congo Belga, para mejorar así su imagen e impresionar al jurado del premio Nóbel, galardón que, si le fuera concedido, sería luego utilizado no para la promoción de la literatura, sino como punta de lanza de un vasto ataque ideológico del imperialismo estadounidense contra las fuerzas progresistas de América Latina, en especial contra la revolución cubana y la revolución bolivariana.

Felizmente los suecos conocen muy bien las posiciones, actitudes e ideas de extrema derecha del mestizo de Arequipa, encantado de vestirse de smoking para defender no la vida y la libertad de los pueblos latinoamericanos, sino la libertad de los bancos y el tren de vida de los millonarios. A mí la publicidad mentirosa no me engaña. Como buen indio araucano que soy pese a mi piel blanca y a mi largo exilio en Francia, no tengo miedo de salir en defensa de mi pueblo. Y de la verdad.